CRÓNICA DE LA TRAVESÍA DE PORTUGAL EN VESPINO

por Aina Garí Soler

Me decido a escribir esta crónica unos meses después de la aventura; no los suficientes como para haber olvidado los detalles importantes, pero sí los suficientes como para ser capaz de verlo todo desde un punto de vista menos subjetivo.

El pasado agosto, los vespineros Valentín, Tachu y yo misma cruzamos Portugal de sur a norte en Vespino. 783 kilómetros. Para cualquiera que no tenga plena conciencia de lo que es (conducir) una Vespino, se trata de un famoso ciclomotor español que se fabricó hasta el año 2000. Este vehículo se ha ganado el aprecio y la simpatía de más de una generación que en su plena juventud pudo tener uno, y ahora son muchos los que recuerdan esos tiempos con una sonrisa.

Pero eso no significa que la Vespino sea un ciclomotor del pasado. Por su construcción, son muy resistentes al paso del tiempo, y hoy en día cada vez hay más gente que la vuelve a utilizar o la restaura para poder disfrutarla de nuevo.

Así pues, estamos hablando de un vehículo con una velocidad máxima media de 50 km/h, una velocidad ideal para excursiones de este tipo, ya que permite observar el paisaje con toda tranquilidad.

Valentín y Tachu, mis compañeros de viaje, más acostumbrados ya a hacer este tipo de "excursiones" (especialmente Valentín, que de hecho ya ha cruzado el continente europeo encima de este ciclomotor), pensaron que la aventura de Portugal no era un reto suficiente. Tenían que buscar un incentivo diferente, un récord para batir, y lo encontraron: irían desde Castellón, su lugar de origen, hasta Portugal, en Vespino. Pero aquí viene la novedad: lo harían en una sola etapa. 28 horas sobre la moto.

Pero yo, que nunca había hecho más de 100 quilómetros seguidos, pobre de mí, no me apunté a la locura inicial y decidí unirme a ellos ya en Portugal.

Comencemos pues con el relato de la aventura.

El día 6 de agosto, lunes, mis padres y yo llegamos a Portugal en furgoneta. Mi Vespino descansaba dentro, desconocedora de lo que le esperaba. De camino habíamos aprovechado para hacer un poco de turismo, cosa que me permitió visitar lugares muy bonitos como Alcalá de Henares, Sevilla y Córdoba; y lugares divertidos, como el famosísimo pueblo de Lepe.

El sur de Portugal, conocido como la región de Algarve, es una zona eminentemente turística con los precios que eso conlleva. En la entrada del país vivimos una situación peculiar que, creo, conviene que conozcan todos aquellos que entren a Portugal por carretera.

Nada más entrar, canalizaban los vehículos distinguiéndolos entre extranjeros y portugueses. Si eras extranjero como nosotros, después de hacer una larga cola (debida, con toda seguridad, a la temporada), un joven muy amable te atendía en castellano y te explicaba que podías escoger la manera de pagar los peajes. Como pararse en cada peaje y perder tiempo es muy pesado, ellos te proponen que les des el número de tu targeta de crédito, de manera que ellos lo vinculan a tu matrícula y cada vez que la cámara del peaje detecta tu matrícula, se te carga el importe automáticamente.

Gracias a Dios que lo rechazamos: como la furgoneta iba a seguir las Vespinos, una vez hubiese comenzado el viaje ya no habría necesidad de ir por la autopista. Os explicaré como son los "peajes" del sur de Portugal (aparte de carísimos). Mientras conduces por la autopista, te aparecen cada 5 minutos -no exagero- unos carteles enormes con dibujos de diferentes tipos de vehículos y un precio en euros al lado. Poco después de cada cartel, pasas por debajo de una estructura metálica de cámaras que identifican y cobran a los pobres infelices que han caído en la trampa.

De camino a la punta oeste de Portugal, lugar de inicio del viaje, hicimos un par de paradas turísticas. La primera en Vilamoura, una *ciudad de vacaciones* en toda regla. Allí me encontré con una amiga portuguesa que casualmente veraneaba allí, y me mostró los clubs de noche propiedad, respectivamente, de los conocidos personajes futbolísticos Cristiano Ronaldo y Luís Figo.

La segunda parada fue en Lagos, un pueblo bonito y pintoresco pero de baldosas peligrosamente resbaladizas. No me quiero imaginar qué pasa con ese suelo en los días de lluvia.

Acabada la jornada turística pasamos parte de la tarde en un camping a poco más de 30 km de Sagres, el punto de partida. Conocimos a la directora del camping, casualmente catalana. Hicimos la compra y lo preparamos todo para la llegada de nuestros protagonistas, con quien nos teníamos que encontrar para cenar todos juntos. Ellos ya hacía horas que habían empezado su agotador viaje.

Llegaron hacia las 10 de la noche, hora de Portugal, con la palabra *cansancio* escrita en la frente, y no tardaron en cenar e irse a dormir. El récord ya estaba batido. El cuenta-quilómetros de Tachu, quien vivía un poco más lejos, marcaba el número definitivo: 1082,9 km.

07/08/2012

7 de agosto, martes. Con la ruta prácticamente ligada, salimos del camping no sin antes hacernos unas fotos. Las tres motos se veían estupendas y nosotros, con los chalecos reflectantes, no pasábamos desapercibidos. Establecimos un orden estándar de colocación: Valentín delante, con el GPS debidamente colocado, en el medio iba yo y el último era Tachu. La furgoneta de mis padres nos seguía de cerca y nos adelantaba de vez en cuando.

Primero tocaba hacer los 30 y pico quilómetros que nos separaban del cabo de São Vicente. Nada del otro mundo. Todo parecía que iba bien cuando de repente el GPS - que estaba en "modo bici"- nos llevó por una atajo que consistía en caminos estrechos, llenos de arena y piedras. Empecé a maldecir el GPS pero pronto me di cuenta de que estaba disfrutando de un paisaje privilegiado: estábamos sobre la llanura del acantilado, la vegetación era escasa y la vista de la transición entre la tierra y el mar resultaba muy curiosa: en lugar de extenderse hasta el horizonte o convertirse en playa, de repente la tierra desaparecía para convertir-se en un precipicio que no veíamos. Y en medio, como salpicadas, cuatro vacas pasturando. Supongo que estoy poco acostumbrada a ver acantilados, pero circular por aquella extensión de terreno me hizo comenzar el viaje con buenas sensaciones.

Finalmente volvimos a ver asfalto y llegamos a la fortaleza que corona ese paraje natural, donde ya había algunos turistas. De nuevo hicimos varias fotos, pero no teníamos suficiente y pensamos que estaría muy bien poder hacernos fotos con las motos dentro de la misma fortaleza, donde había un patio. Mi padre ya tenía preparada la cámara. Valentín iba delante. Justo al cruzar las puertas con las Vespinos al lado apareció un vigilante diciéndonos que no podíamos entrar con las motos. Valentín intentó convencerlo de que se trataba simplemente de unas fotos para el recuerdo y que sólo sería un momento. Pero no hubo manera. No obstante, eso no significa que no consiguiésemos fotos dentro de la fortaleza: mi padre, muy agudo, pudo fotografiar la conversación de Valentín con el guardia de seguridad.

Habiendo disfrutado un poco más de las vistas que ofrecía el paraje, nos pusimos en camino. El viaje acababa de empezar oficialmente. Yo llena de energía, y con muchas expectativas.

La mañana del primer dia fue la más agradable de todas, seguramente. Alegramos la vista con paisajes dignos de parque natural y muchos bosques de eucalipto; la carretera era estrecha y había muchos tramos con curvas pero era escasamente transitada. El mar ya no lo veíamos, pero estaba cerca y se notaba. La temperatura, como al largo de casi toda la estancia, era ideal. Al cabo de pocos quilómetros me di cuenta que había sido una mala idea llevar mis cosas dentro de una mochila en la espalda. La falta de experiencia me privaba de saber lo malo que es cargar con el peso en los hombros yendo en moto.

Enseguida que encontramos un semáforo en rojo bajé de la moto, me despojé de la mochila y fui corriendo a la furgoneta para que mis padres, que nos seguían, la guardasen. No pensé que allí había mis papeles (el carné de conducir, recién sacado, la documentación de la Vespino...), tan sólo me alegré de poder aliviar mis hombros y espalda. No caí en la cuenta hasta el cabo de mucho rato y entonces, al mirar el retrovisor, no vi rastro de la furgoneta. ¡Desastre! Ya me lo veía. Estaba

conduciendo sin documentos en un país extranjero; eso no podía acabar bien. Así que yo, intranquila por naturaleza, con sentimiento culpable y pensando ya en la desgracia y la mala suerte, me avancé hasta el lado de Valentín para pedirle que parásemos. Se lo expliqué y, de repente, al cabo de poco, vimos aparecer la furgoneta. ¡Qué suerte! Resultaba que en una corta parada que habíamos hecho se habían entretenido, confiando equivocadamente que la velocidad de las Vespinos les permitirían alcanzar-nos rápidamente. ¡Si es que! Quien subestima a una Vespino...

Después de unos momentos en los que el GPS nos llevó al caos, comimos en un típico restaurante anónimo de carretera, los más comunes y ampliamente recomendados de Portugal. Un pueblo de cuatro casas cuyo nombre ahora no recuerdo. Corroboro que estos restaurantes valen mucho la pena, baratísimos y de comida deliciosa y abundante, camareros simpáticos que balbucean el castellano. Por unos 7 u 8 euros por persona comimos un plato completísimo y postres con bebida incluida.

Con la barriga llena y las energías recuperadas, nos pusimos de nuevo en camino. La tarde no fue tan agradable. Durante un buen rato, nos metimos en una nacional infestada de camiones que nos adelantaban cada dos por tres a unos 100 km/h sin ningún tipo de compasión. Cualquier ciclomotor optaría por circular por el arcén en estas condiciones, pero los arcenes de Portugal, como descubrimos entonces, son intransitables, inexistentes o están en obras.

Todo acabo bien, claro, y pronto empezó a ser hora de buscar un lugar donde dormir. La idea era encontrar un camping, pero no había manera. Planificando la ruta, Internet me había dado a entender que había uno cerca de Alpiarça, pero no lo veíamos por ninguna parte... Cada vez estaba todo más oscuro, la luz preciosa del atardecer se iba convirtiendo en frío y oscuridad. El GPS insistía en hacernos dar vueltas por Santarém. La furgoneta de mis padres se había desviado desde hacía muchas horas y nos estaba buscando, paralelamente, un lugar para descansar.

Finalmente, cansados de buscar i dar vueltas, vimos que en el pueblo de Alpiarça había un hostal. Entramos a preguntar; había habitaciones disponibles a un precio razonable, pero nos preocupaba que las Vespinos durmiesen en la calle.

Mientras nos lo pensábamos y llamábamos a mis padres para que volvieran (tardaron mucho, habían ido lejísimos en busca de alojamiento), nos vino a dar conversación un chico joven, un tal *senhor* Lobo, que hablaba castellano -decía- porque su novia era española. Es el hombre con más pinta, voz y palabras de mafioso que debo haber visto nunca. Nos explicaba que tenía un piso no muy lejos de allí, y que por unos 5 euros por persona (si no recuerdo mal), nos dejaría pasar allí la noche. Él no tendría que venir hasta el día siguiente ya que, por lo que entendí, iba a salir de fiesta y no se pasaría. El precio echaba para delante pero el hombre, para atrás. Sobre todo cuando empezó a repetir las frases "te lo digo desde el corazón", "en este pueblo no vas a encontrar buenas personas, sólo quedo yo" y cosas por el estilo.

Pero el espectáculo acababa de comenzar. Del bar del hostal salió un viejo borracho a contemplar nuestras motos. Empezó a darle una conversación absurda a Valentín, que le seguía el rollo de la mejor manera. Entonces fue cuando descubrí y comprobé de primera mano una de las enseñanzas más importantes (si no la más importante) que me ha brindado este viaje. Tachu, acostumbrado,

dada su condición de portero de discoteca, a tratar con borrachos, me explicó un truco: Si quieres que un borracho te deje en paz y se vaya, nunca lo mires. Puedes seguir dándole conversación o no, como quieras, pero si no lo miras se queda descolocado y no sabe exactamente si está hablando contigo o sólo se lo imagina, y acaba marchándose. Todo es cuestión de contacto visual. Como ya he sugerido, siguiendo este consejo el borracho no me aguantó la conversación ni 20 segundos.

Cuando la propietaria de la posada, muy amable, nos dijo que podríamos guardar las motos dentro de la cocina una vez cerrada (no faltaba mucho), pasamos del señor Lobo, y una vez hubieron llegado mis padres y hubimos guardado las motos nos fuimos a dormir. La pequeña cena consistió en algunas pastas.

08/08/2012

Hora de levantarse y disfrutar de una buena ducha. El día anterior había acabado con bastante dolor de espalda, a pesar de la solución que encontramos de poner mi mochila en la cesta de manera que no se cayese y el bidón de gasolina en el porta-paquetes de detrás. También me dolía bastante el trasero, por utilizar lo más parecido a un eufemismo. Los pantalones de bicicleta ayudaban, pero el sillín de mi Vespino es más bien como una piedra. Sin embargo, tenía muchas ganas de seguir porque después de toda la noche, los dolores habían disminuido.

Por cierto, no lo he dicho, pero en Portugal hay muchos puentes. Muchos. No había cruzado tantos puentes seguidos en mi vida. Eso sí: no pasamos por ningún túnel.

Después del desayuno en el bar del pueblo de al lado, nos pusimos en marcha. La de esa mañana sería la peor etapa de todas. Portugal profundo, asfalto casi impracticable. Como teníamos que adecuar la velocidad a esas recreaciones en asfalto de los cerros de Úbeda, íbamos muy lentos y tardamos más de lo que pensábamos. La preocupación por no pillar baches hizo que no disfrutáramos tanto como habríamos podido. Comimos poco después de la ciudad de Coimbra, en otro fantástico restaurante de carretera con un camarero que tenía la cara de Schwarzenegger. ¡Me arrepiento tanto de no haberle pedido una foto!

Mi madre no me creía cuando le dije, de buena tinta (me había informado mi amiga portuguesa), que un "cortado", en portugués, recibía un nombre tan curioso como el de "pingo direto". En aquel restaurante comprobamos que era cierto.

A lo largo de todo el día pudimos ver los peregrinos que iban a Fátima, muy numerosos, caminando con el chaleco reflectante por el lado de la carretera.

Por la tarde, la parada obligada era Oporto: la ciudad de los puentes en el país de los puentes. Bromas aparte, una ciudad muy bonita. Llegamos en la hora en que se pone el sol, había una luz preciosa. Aprovechamos para dar una vuelta, comprar cuatro *souvenirs*, comer un poco... Incluso entré un momento en el Corte Inglés y en el Fnac para intentar cumplir con algunos encargos. Mi padre me cambió la bombilla de las luces cortas, que se había fundido. Esa fue la única avería de todo el viaje. Hicimos algunas fotos más, las más especiales de todas son las que nos hizo mi madre en marcha en un puente, desde la furgoneta, en el momento en que ésta nos adelantaba.

Pero el tiempo se nos estaba tirando encima y teníamos que ir a la idea porque empezaba a ser de noche y teníamos que llegar a Braga para dormir. Yo, inexperta de mí, no iba suficientemente abrigada. Bueno, lo peor es que yo me pensaba que sí iba; pero durante este último tramo del día, de poco más de 50 km, agradecí enormemente que Tachu me dejase una de sus chaquetas: si no, me habría congelado, literalmente, ¡y eso que estábamos en Agosto!

Cuando llegamos en el hotel de Braga, mis padres hacía poco que ya estaban haciendo la reserva. Dejamos que las Vespinos durmiesen juntas en la intemperie, eso sí, bien juntitas y ligadas. Nos pusieron algún problema para hacer la reserva: resultaba que hacer la reserva desde *Booking* era mucho más barato que desde recepción. Mi madre, sin cortarse un pelo, se lo dijo, y ellos dijeron que en este caso hiciesen la reserva por *Booking* desde los sofás de recepción y volviesen cuando estuviese hecha.

A lo largo del día habían seguido las molestias del día anterior. Las que ya tenía se podían aliviar con un cambio de posición, pero cuando me empezó a doler la mano derecha, poco podía hacer más que aguantar. Por lo que me dijeron, mi moto es la que más vibraba de las tres y, por lo que yo imagino, mi mano era la más delicada de las seis. Una mala combinación que hizo que me doliera la ano durante la semana siguiente, ¡pero no por eso iba a dejar de disfrutar del viaje!

Para mis dos compañeros de viaje éstas eran las etapas más suaves de todas, pero para mí eran LA aventura. ¡Nunca había conducido 8 horas en un solo día!

A pesar de las quejas que ahora expongo, tampoco quiero que parezca que sufrí el viaje. El cansancio te venía encima al acabar el día; pero mientras, las pequeñas paradas ocasionales que hacíamos para repostar, estirar las piernas o comprar agua eran una manera efectiva de recuperarse de los quilómetros y tener ganas y energía para seguir conduciendo.

09/08/2012

9 de agosto, jueves. Nos despertamos en Braga, la ciudad con más jóvenes de Portugal. Estábamos a escasos 80 quilómetros de la frontera con Galicia. Yo pensaba que tardaríamos tres días completos en cruzar el país, pero si no llegamos a parar en Oporto, casi que con dos habríamos tenido suficiente! No obstante, tomamos una buena decisión haciendo esa parada: haber atravesado el país sin haber hecho turismo (exceptuando las fugaces visitas a Vilamoura y Lagos) me habría sabido muy mal.

El último tramo se hizo cortísimo. Atravesamos Tui, el paso fronterizo más antiguo de Europa, que consistía en un puente sobre el río Miño. A partir de ahí, simplemente faltaba buscar un lugar con espacio suficiente para cargar la moto en la furgoneta: mi viaje se había acabado. ¡¡Pero la peor parte de todas aún estaba por llegar!!

Aquí tenemos otra prueba de que el GPS no se tendría que priorizar respecto a las señales de carretera: nos metimos en una autovía (ya española). Mal rollo: Tachu no quería seguir, ya que este tipo de vía nos están prohibidas a los ciclomotores, pero el GPS anunciaba una salida a 2 km, así que decidimos seguir adelante; era un tramo corto. Pues fuimos de mal en peor: esa salida conducía a una autopista, ¡aún más prohibida, si cabe, para los ciclomotores! No había elección.

Empezamos a circular, tan rápido como nos permitían las Vespinos. Yo me estaba muriendo, si nos ponían una multa sería la primera. El susto llegó cuando vi un cartel: "peaje a X km". Ya está, si aún había alguna posibilidad de que no nos pillasen, acababa de desaparecer. No nos vamos a escapar. Nunca, repito, NUNCA había pasado por un peaje conduciendo yo, y ésta sería la primera vez: ¡ilegalmente!

Pues bien, una vez llegamos, Valentín quiso explicarle a la mujer de la cabina de peaje que se trataba de un error, pero no pareció importarle mucho: lo único que se nos pedía para salir era pagar el importe estipulado. Así lo hicimos y así, pues, terminó mi viaje... con unos 10 km de autopista a las espaldas.

Paramos a cargar la moto enseguida que pudimos y mis padres y yo nos separamos de Valentín y Tachu, que seguirían el camino de nuevo hasta Castellón. Y nosotros, hasta Arenys.

No quiero extenderme mucho más porque la crónica ha sido mucho más larga de lo que me esperaba. Solamente un par de comentarios finales:

Una de las conclusiones a las que llegué, y que no he sabido colocar adecuadamente en ninguno de los párrafos de este crónica dado su carácter omnipresente, es que los conductores de la Península no deben de saber colocar los triángulos de seguridad cuando tienen una avería. Tengo entendido que en estos casos la prioridad es evitar que haya cualquier accidente, y más de uno he estado a punto de tener yo por gente que coloca los triángulos a 3 metros de su coche en una curva cerrada.

Otro apunte. Hay que estar en buena condición física para hacer este tipo de viajes, por cortos que puedan parecer, y hay que ir preparado para los imprevistos. A mí, que hago menos deporte del que debería, el viaje me debió dejar las defensas bajas, lo cual debió de hacer que recayese en unas anginas que ya había tenido hacía pocas semanas. No es bueno forzar la maquinaria corporal si no le damos el combustible adecuado.

El balance que hago del viaje es positivo. Solamente el hecho de brindarme los recuerdos que plasmo en estas páginas ya ha valido la pena. Vi mundo, viví buenas anécdotas y aprendí muchas cosas; todo sobre mi Vespino, nacida el día de San Jorge de 1991, y consecuentemente con más tiempo que yo en el mundo. De aquí a unos años, sin duda, yo también recordaré, como otras generaciones, las aventuras que viví con mi Vespino con una sonrisa.

Aina Garí Soler

Arenys de Mar, noviembre de 2012